

# Juliano soñaba todos los días

José Antonio Aguilar Narváez / Facultad de Comercio y Administración



El teclear de la máquina de escribir interrumpía su monotonía por momentos. El ritmo cansado de los golpecillos anunciaba cansancio. A las cápsulas de silencio seguía el repetido golpeo esperando cansarse más, hasta parar.

Juliano levantó la mirada del teclado y la empujó sobre los renglones abigarrados; las formaciones cerradas de cifras cubrían el papel hasta hace algún tiempo odiosamente blanco. Hizo girar el rodillo hacia adelante y hacia atrás; la hoja de papel se deslizó suavemente y desapareció, del frente, sólo para caer detrás silenciosamente.

Una hoja más —pensó—, sólo faltan cuatro más este día, y seis mañana, pasado mañana otras seis, en un mes 360 y en un año . . . si se fueran colocando una junto a la otra formarían una larga hilera . . . Se preguntó si la larga serpiente sería tan larga como la línea blanca de la carretera que una vez recorrió en bicicleta y de la cual le habían dicho que iba a todas partes sin jamás moverse, cosa que no comprendió.

El ruido de las demás máquinas se metió, de repente, con la raya blanca de su carretera, sintió a los cientos de golpecillos brincándole en el cerebro resbalando por su nuca entre palpitaciones minúsculas, desprendimientos harinosos. Deseó incorporarse, pero lo más que llegó a hacer fue posar las manos en la cubierta del escritorio. Estuvieron ahí dos segundos, y cayeron sobre las rodillas. En el vidrio quedaron las huellas sudorosas de los dedos, las miró con curiosidad en su semejanza de islotes húmedos en un inmenso océano tranquilo. Esos puntos fríos evaporándose con rapidez le recordaron algo, algo molesto. Pasó un trapo sobre aquellos residuos e hizo recobrar a la superficie su lucidez fría.

—¡Juliano! —al escuchar el llamado cortante, imperativo, empezó a oprimir las teclas tibias, intentando desconocer el rodillo vacío. Escribía rápidamente: —viejo desgraciado, ¿qué querrá de mí?— Sí señor —masculló en voz baja. Reconoció el mismo sí señor, de ocho años colmado de miedo, de encono y a la vez de tímida indiferencia.

—Venga a mi despacho.

Siguió a esa espalda ancha, a duras penas contenida por la camisa de nylon amarillento. Más trabajo —pensó—, o a lo mejor se trata del asunto de los lápices. Él recogía todos los cabos de los lápices, claro, sólo aquellos ya inútiles, esos pequeños trozos amarillos, tenía varios cientos. ¿Pero cómo se pudo haber enterado?

—Entre, Juliano, siéntese.

Vio brillar la dentadura postiza en medio de la sonrisa dura de las buenas ocasiones, sin quererlo evocó esos mismos labios regordetes apretados y temblorosos antes de gritar una imprecación.

—Pero, siéntese, hombre.

Se sentó con rapidez en una silla de cuero verde, suave, mullida. Claro, estas comodidades sólo ellos las tienen; se sintió agarrado por aquellos ojos grandes y rojizos, sólo pudo esbozar una sonrisa estúpida, quiso decir algo así como: en qué puedo servirle señor, o, para qué soy bueno, pero no pudo mover la lengua pegada al paladar.

—Bien, bien, Juliano, tengo para usted una buena nueva . . .

Encima del escritorio un sonrosado cristo de marmolina elevaba su dulzona mirada a una lámpara de brazos dorados y bom-



billas brillantes. Los rombos de luz parpadeaban, rozando con fulgurantes destellos la barbilla sudorosa del hombre gordo, su papada cuidadosamente afeitada se estremecía con las vibraciones ríspidas de la voz aguda lineal y sostenida.

Juliano recordó al contemplar las reverberaciones leguminosas de su jefe, su propia sonrisa estúpida, vacua, el esfuerzo por mantener los labios plegados hacia arriba, los ojos semicerrados y un leve cabeceo, y el, sí señor, cómo no señor. Un sí señor prolongado en el tiempo, diez, catorce meses. Alguna mañana, antes de salir a la carrera a abordar el camión destartado de todos los días, se contempló en el espejo y observó su rostro arrugado en la mueca del: sí señor, intentó volver su gesto a su antigua apariencia, pero... no recordó cuál era ésta.

—Desde luego, Juliano, siempre hemos tenido los ojos puestos en usted. El señor Director, ha comentado en alguna ocasión sobre esa persona silenciosa y trabajadora que se sienta en el escritorio número catorce. Como verá, siempre tenemos los ojos puestos en aquellos que se hacen...

Una mosca interrumpió, la declamación del hombre gordo, volando titubeante el insecto se posó en la incipiente oreja derecha, apenas un carnosio montículo.

—Esta mosca ji... espetó a la vez que su pequeña mano abanicaba el espacio, y la intrusa de las alas pegajosas se mantenía firmemente pegada en el brillante dorso del apéndice.

—Perdón, que le de... esta maldita se va a ir al carajo. Y la mano que había vuelto al jugueteo del pisapapeles, esputo obscuro, de obsidiana brillante, giró temblorosa en el aire, se quedó inmóvil un segundo, y acto seguido se abatió ruidosamente sobre el temporal y la oreja rojada. ¡Ayl, una mínima aglomeración de puntos negros cercandole la fuente instantánea de la sangre abierta, indicaban la presencia, pastosa, transformada del insecto.

Hasta hace unos segundos estaba volando, pensó Juliano, se mantenía en el aire, podía levantarse a sí misma, llevarse y recorrerse por todos los objetos. Sonrió al recordar el pedazo de torta descompuesta que había tirado al cesto, un lugar así, era un pedazo de terreno ideal para vivir siendo mosca.

—Mi camisa, me manchó mi camisa —el rostro iracundo del jefe se inclinaba sobre su brazo derecho con la mano rígida entreabierta. En el puño de la camisa, en el albo y terso paño de acrilán, aparecía una diminuta presencia rojiza.

—Maldita, me tenía que ensuciar... Y usted qué hace ahí con esa mirada de idiota. No ve lo que me ha pasado. Pronto, llame a Sarita. Juliano se levantó con rapidez, se encaminó hacia la puerta y llamó a la secretaria. La muchacha de los espejuelos grandes, penetró en el despacho. Juliano escuchó la voz del jefe que con tono lastimero, solicitaba le fuera lavada la camisa. Pensó que lo mejor sería irse a su escritorio, se encaminó a su habitual lugar de trabajo, a sus dos personales metros de loseta asfáltica y frecuencia modulada.

—Oiga usted, adonde va, quién le dijo que podía retirarse. Con paso rápido, Juliano regresó al despacho.

—Sí, señor, es que yo..., pensé que como...

—Bah, cálese y siéntese ahí, mientras le digo lo que tengo que decirle. Como le decía, nos hemos fijado en usted desde hace bastante tiempo. ¿Cuánto tiempo tiene usted con nosotros, siete años?

—No señor, ya son once.

—Sí, sí, claro uno se acostumbra a las caras. Bueno, la cosa es que usted ha sido elegido para un puesto de mucha responsabilidad. Desde luego, de momento no habrá ningún aumento en el sueldo, porque estará a prueba, pero si nos demuestra que corresponde a nuestra confianza recibirá...

Juliano observaba con un interés burlón, la rolliza figura en camiseta que gesticulaba frente a él. Un vello escaso, gris, cubría los hombros redondos.

—Nuestra empresa se debe al esfuerzo de muchos hombres —los estrechos tirantes de la camiseta enlazaban el cuello, cilindro de carne doblada hacia adentro. Juliano decidió que algo sobraba, era obvio: era esa cabeza, bamboleándose en acostumbrado equilibrio. Nos hemos preocupado, desde los tiempos del abuelo, en ofrecer el mejor producto en el mercado. Aunque quizás también los brazos. ¿Por qué tenía que moverlos tanto? Sí, el tronco sin brazos, ni cuello, ni cabeza, tenía cierta belleza, el color amarillento de la piel, la malla de la camiseta, el jadear aspirante del pecho —es uno de los puestos más antiguos en la compañía, mi señor padre fue el de la idea. ¡No nos vengan con ideas modernas! Esto sí que ha dado resultado. No por que lo haya hecho mi señor padre, pero en verdad. Juliano siguió con la mirada el índice culebreante de aquella mano, que después de describir una sinuosa añoranza señaló el gran retrato enmarcado en un cuadrado de madera acicalada en doradas volutas. Ahí se perfilaba la figura rígida, sostenida del anciano. El traje cruzado, el chaleco de decenas de botones, el llavín y la cadena de oro. Juliano observó la nariz delgada, corva y los ojos grandes.

—Tenemos que ser dignos de él, nuestra empresa es su legado.

—La voz del jefe languidecía de la emoción, un suspiro largo y silbante puso final al parlamento.

El jefe inclinó la cabeza, para rendir un oportuno y loable homenaje a su antecesor, y después mirando con ternura a Juliano, le preguntó:

—¿Qué le parece su nuevo puesto? ¡Pero no me dé las gracias! Usted se lo ha merecido...

—Yo quisiera...

—No, no diga más, soy un sentimental y no soporto el agradecimiento.

—Pero es que...

—No se diga nada más. Lo comprendo buen hombre. Y le agradezco su lealtad y confianza y... todo lo que usted siente por nosotros. Mañana se le espera en su nuevo puesto de trabajo.

—Sí señor.

—¡Ah! le suplico desocupe su escritorio, pues la persona que va a ocupar ese puesto llega mañana. Nuevamente, muchas gracias.

Juliano, salió con paso lento, preguntándose cómo podían ocurrir cosas así. Él estaba bien en su puesto. Además, un cambio es un cambio. No se puede decir: mañana se va a otro lugar. Sentía que algo iba a romperse, algo se tenía que quebrar. No se podían hacer cosas así.

Llegó a su escritorio, colocó con cuidado el cojín de hule espuma en el sillón de madera y se sentó con lentitud. Acercóse al escritorio y tomó el lápiz rojo, encima de una charola un papel esperaba que él dibujara una señal roja en su extremo inferior izquierdo. Todos los días a esta hora llegaba un papel de esos.



Él observaba con cuidado todos los datos ahí escritos y si estaban correctos, rayaba una línea roja y debajo de ella con letra clara ponía su nombre. Tembló al pensar que mañana sería otro nombre el que apareciera en el papel. ¿Y . . . si no la firmaba? Seguramente algo muy grave pasaría. No se podía dejar de firmar un "vale de entrada al almacén de productos terminados" sin que algo tremendo ocurriera.

Con el lápiz rojo en una mano y en la otra el papel, Juliano, se sintió orgulloso de su función. Comprendió la importancia de las miles de firmas rojas que había impreso durante tantos años. Se percibió sentado en su silla de color gris con cuatro barrotes en el respaldo, con los brazos recargados en el escritorio, frente a la presencia de los ocho cajones, del vidrio grueso astillado en uno de los costados, de las charolas llenas de papeles, de la cajita en donde guardaba los lápices pequeños sin terminar. Él estaba ahí sentado firmando "vales de entrada al almacén" de artículos terminados. Nadie más, hacía nada igual, ninguno se sentaba en ese escritorio de patas cuadradas. Fijó la atención en todos los objetos, habitantes de su territorio. La superficie irregular de la madera varias veces cubierta con pintura, los deterioros de pasadas épocas se encontraban ahí maquillados de un gris sordo; pero dejando ver a la vez sus múltiples cicatrices.

Ocho cajones. Ocho oscuridades muy bien guardadas —nunca se debe dejar un cajón abierto—, dentro de ellos, la madera sin pintura, amarilla por los años aún conserva un olor acre a trementina húmeda, o quizá, sólo se trata del olor de la vejez encerrada.

El agudo malsonante del timbre colocado abajo del reloj grande, indicó a Juliano, la hora de la salida. El mismo balbucear metálico del colegio de los Maristas. El del gran edificio austero. La mole tibia de piedras pintadas de ocre. El lugar de los ventanales de colores mostrando escenas piadosas. En uno de ellos el mar bíblico de Jonás, rubio y delicado, captaba el verde más brillante que Juliano viera algún día. Los matices, los juegos traslúcidos variaban según la distancia del observador y la luz existente. Para él había un verde-que-se quedó-después-de-llover, y asimismo; un verde-del-amanecer-sin-nadie-en-el-jardín. Juliano se acercaba, abría los ojos desmesuradamente con la frente pegada al cristal y se dejaba penetrar por la frialdad o la calidez del momento prisionero de la transparencia del mar estático del bello Jonás.

Dejó atrás la gran puerta metálica con su letrero de: "Prohibida la entrada a personas ajenas a estas oficinas." Caminó hacia la esquina y dobló con la calle y con ella se llegó —trescientos pasos después— a la escalera de hierro forjado, la de los escalones encimados, su escalera de tantos años, la de los primeros sobresaltos. La causante de la ansiedad de los escalones siempre en número diferente. Muchas veces cerraba los ojos y ascendía lentamente, con la secreta ilusión del infinito de los pasos. Pero siempre llegaba al último peldaño, deseaba no subir a él, ignorarlo y seguir pensando que seguía subiendo. Pero era inútil.

—Buenas tardes don Juliano.

—Buenas las tenga usted, doña Lala.

La anciana escasa de dientes y de pelo restirado por un listón negro, lo saludó con la misma mirada de desconfianza con la cual le había recibido once años atrás.

Juliano penetró en su habitación, dejándose rodear por la oscu

ridad. Un temor repentino lo conmocionó, le era muy difícil soportar la oscuridad. Deseaba profundamente contemplar su mar a la luz de las estrellas, observar su verde profundidad. Lo planeó con todo detalle, aquella noche abandonó su cama, avanzó por la galería en tinieblas, escuchando los rechinos de las puertas viejas. Apoyando los pies con medida presión y sintiendo deslizarse encima de su piel el crujido del piso.

Atravesó las aulas vacías, bordeó las habitaciones de los padres, tenía mucho frío, y así se llegó al mar insondable de Jonás. La sonrosada figura de éste estaba convertida en una silueta plana y gris, pero su océano se abría más allá de la ventana que lo sostenía. Emocionado Juliano contempló largo tiempo la visión. Al fin se rozó las mejillas húmedas con las manos y regresó sigilosamente. Permaneció despierto hasta la madrugada. Jamás pudo volver a repetir su incursión, concluyó que a un lugar así sólo se podía viajar una vez en la vida.

—Señor Juliano, aquí está su ropa limpia. ¿Pero está usted ahí? Accionó el interruptor de la luz eléctrica, se situó frente a la puerta cerrada.

—Sí, doña Lala, aquí estoy. En un momento le abro.

Esperó aún unos segundos antes de hacer girar la perilla de la cerradura. Por la puerta entreabierta se asomó el rostro cartográfico de la vieja. —¿No se encontrará enfermo? Aquí está su ropa limpia. Debería comprar alguna más. Las camisas ya se están deshaciendo y esos pantalones tan percutidos, los calzoncillos... ¡bueno, allá usted!, es quien se los pone.

—Bueno, yo he pensado, cuando lleguen las fiestas...

—¡Bah! ¡bah! lleva cuatro años diciendo eso. Desde aquel trajecito de lana, color rata, no se ha vuelto a comprar nada. En el barrio comentan que ha de tener una fortuna debajo del colchón.

—¿Cuánto le debo, doña Lala?

—No me cansaré de repetirle, la misma canción de todos los días. Debería buscarse una mujer. Ahí tiene a don Caritino, viejo y achacoso pero ya se buscó una chamaca, que aunque pudiera ser su hija, le cura todos los dolores. Dicen que lo va a echar en la tumba... y quizá es cierto, pero cualquiera quisiera morir así. ¿No cree usted?

Juliano observaba a la mujer, no había pensado en que de esa horadación desdentada pudieran brotar tantos sonidos.

—Bueno, allá usted, pero se lo digo, si tuviera una mujer que calentara esa cama, no dirían todos por aquí, que usted es medio raro. Aunque a todos nos consta de que no hace mal a nadie. Pero como tampoco hace nada por nadie. Son trece pesos y ahí lo que usted me quiera dar de propina. —Concluyó la vieja, al mismo tiempo que terminaba de secarse los brazos con el delantal húmedo.

—Aquí tiene.

—Gracias, Dios le dé más.

Juliano empujó la puerta, acelerando la renuente partida de su visita. Por fin, se encontró nuevamente solo. Apagó la luz, sólo para prenderla de inmediato.

Aquella noche, a Juliano no le fue fácil conciliar el sueño. Seis veces se levantó a tomar agua del botellón de barro negro.

—Este es el procedimiento más perfeccionado. Un verdadero orgullo de la empresa —mientras decía lo anterior, el jefe abría





## PUNTO DE PARTIDA

ha creado varios talleres literarios. El taller de cuento lo dirige  
Julieta Campos

la puerta de acceso a la nueva oficina de Juliano—. La competencia jamás poseerá algo igual.

Detrás de su superior, Juliano, caminaba intentando pisar sólo las baldosas rojas del piso, alternadas éstas con baldosas blancas. Pensó en pisar dos rojas y una blanca. Pero desechó de inmediato la idea.

—Hay que tener mucho cuidado, nunca se debe dejar abierta esta puerta, debe estar siempre cerrada. Le voy a hacer entrega de la llave. Le estamos confiando la memoria de la empresa, todos esos archiveros que usted ve, guardan la historia y los secretos de la compañía.

Juliano, parado junto a la puerta, recibió la llave de la cerradura, acogió la fría dureza del trozo de metal sin saber qué hacer con él. La dejó caer en la bolsa del pantalón, pero temió el dejarla caer al sacar el pañuelo; así que la sacó y la metió en la bolsa de la camisa.

—Como verá usted, esto está muy bien ordenado —comentó el jefe en tono de secreta suficiencia y de alegría mal disimulada—, he aquí el resultado del trabajo de muchos hombres por el bien de la empresa —decía al tiempo de hojear un grueso atado de papeles azules.

—Pero hombre, ¡pásele!, camine por su nueva casa. No olvide que una de las políticas de la empresa es hacer sentir a cada uno de los empleados que ésta es su casa. ¿No lo siente usted así?

—Sí señor, es que hacía tiempo que no era trasladado. Estoy un poco confuso.

—Bueno, aquí tendrá tiempo de disipar esa confusión. Le mostraré cuáles son sus nuevas obligaciones.

—En primer lugar, observe esto, —dijo el jefe, dirigiéndose a uno de los extremos de la gran sala, donde empotrado en la pared se hallaba un marco de madera, con dos toboganes de metal dorado desembocando en sendas charolas, en las cuales unos letreros indicaban: “rojos”, “azules”. Montoncillos de papeles de ambos colores se acumulaban en las charolas, desbordándose. En ese momento sonó levemente una campanilla al tiempo que una papeleta azul resbalaba por uno de los toboganes, cayendo encima del montón.

El jefe había escuchado con deleite el sonido de la campanilla y había observado con lágrimas en los ojos el pausado viaje de la papeleta azul. Emocionado, con la voz trémula dijo:

—Ha visto usted, funciona maravillosamente. Afortunado de escuchar esta música a todas horas, acompañó las últimas palabras con un bronquial suspiro. Pero, son las 9.27 ya. ¡Qué bárbaro! El tiempo corre. Tenemos que darnos prisa. Bien, mire usted, cada que escuche la campanilla estará siendo depositado un documento; ya sea de ingresos o egresos, si se trata de los primeros será rojo; si es de los segundos será azul. Usted lo toma, lo trae a su escritorio, le pone el sello fechador. Esto es muy importante, la fecha. Abre el libro. El superior después de agarrar con unción una papeleta, se había trasladado a un gran escritorio metálico, encima del cual un libro de tamaño poco común se hallaba abierto: —Toma usted la pluma roja o azul, según sea el caso, y anota los datos contenidos en el documento. Después lo firma en el lugar correspondiente: tercer y último renglón y lo deposita en la charola. Cuando se hayan juntado cien, entonces, amigo mío, toma una de estas pastas, introduce un broche en los documentos y los encuaderna. Así el nuevo



libro pasa a ocupar su puesto, ya reservado en las galerías. Y ahí permanece como un . . . ¡Recáspita, las 9.46! Tengo que retirarme. Enhorabuena. Recuerde que tiene nuestra confianza. La empresa espera que sepa corresponder a ella. Mordiendo apresuradamente las últimas palabras el jefe salió apresuradamente, no sin antes cerrar cuidadosamente la puerta al salir.

Juliano permaneció, parado, respirando el silencio que lo rodeaba. Con el superior se alejaron todos los ruidos. El mismo movimiento había desaparecido. Observó el amplio salón, sintió la fruición del propietario al reconocer un predio recién adquirido. En cierto sentido todo eso era ahora de él. Todos esos libros, cientos de ellos se sucedían perfectamente alineados en vastos anaqueles que ascendían del suelo, de ahulada consistencia; al techo pintado de un amarillo claro. Una luz clara abundante se desprendía de grandes lámparas de tubos fluorescentes. Las paredes de madera brillantemente barnizada aportaban la dimensión total de limpieza y arreglo. Juliano respiró profundamente y deseó soltar un grito, un pequeño grito. Aquello era algo presentido sin conocerlo. Pensó en ese exacto acomodo de los libros, todos con su número y sus pastas fuertes.

Se llegó al escritorio. Vio el sillón, se trataba de un verdadero sillón y no de una silla. Forrado con un tejido gris de trama gruesa se mantenía en equilibrio sobre un eje metálico sostenido en la base por tres brazos firmes consumados en ruedecillas de refulgentes goznes.

—Esto sí es un sillón —dijo en voz alta Juliano. Deseando probar al pronunciar esas palabras, cómo afectaban el perfecto ambiente en el cual no podía dejar de considerarse un feliz extraño.

—Sí señor, esto es un verdadero sillón —comentó nuevamente.

Hacía mucho tiempo no escuchaba algo tan bello. Estuvo de acuerdo en que su voz se acomodaba maravillosamente bien a la nueva situación.

Se sentó, posándose en lentitud, gustando la flexibilidad de los cojines muelles.

—Ah, . . . esto sí es un sillón— se aproximó al escritorio, al libro abierto y poniendo sobre sus grandes hojas abiertas las manos se sintió agradecido por el rayado tan bien hecho y el entrecruzamiento de delgadas líneas formando cuadros iguales, exactos, sin deformación. Recorrió con los ojos la hoja de abajo arriba. Los tres primeros renglones estaban ocupados por una escritura cuidada, letras dibujadas concienzudamente, números siempre iguales. Juliano experimentó envidia por el hacedor de una cosa tan bien hecha. En voz alta, leyó: “veinticuatro de enero de mil novecientos sesenta y nueve, catorce mil seiscientos ochenta y cuatro, valor reembolsado a cuenta de acciones extravías la cantidad de setenta y seis mil quinientos un pesos cero centavos.” Una firma dibujada en el extremo del renglón cerraba la línea. ¡Muy bello! —se dijo Juliano—. Continuó leyendo las anotaciones hasta toparse con una brusca interrupción. La frase avanzaba con su arrogante disciplina de pluma orgullosa, y de repente se acababa, no continuaba más. “Recibido en gar . . .” ese “gar” brincaba frente a los ojos de Juliano, observó entonces que de la última letra esa ere, cúbica y proporcionada, se desprendía un filamento, un trazo sutil y tembloroso descendiendo por la hoja límpida hasta su centro en donde se detenía en una pequeña mancha, un punto casi . . . Solitario y enjuto el pequeño punto hirió algo en la profundidad del ánimo de Juliano. Con

brusquedad tornó la hoja y decidió olvidar ese pequeño punto desordenado, pues no era más que eso.

En ese momento, el sonido seco de la campanilla recobró a Juliano para sus importantes labores. Se levantó, recogió todas las papeletas acumuladas y empezó con ahínco el trabajo.

Cuando la última papeleta fue debidamente registrada y los constantes reclamos de la campanilla cesaron. Un silencio seco se apoderó del ambiente. El deslizarse rozante de la pluma sobre el papel, tomaba en el recuerdo de los últimos segundos una sonoridad de rugido persistente.

Juliano levantó la cabeza, observó con lentitud la atmósfera rosácea de la habitación. Recorrió visualmente la extensión uniforme de la pared del fondo, tersa en su caliente estabilidad plana e impregnada de la miel tibia del crepúsculo. En medio de aquella apacibilidad de yeso, se hallaba el perfecto cuadrado de la ventana. Juliano se sorprendió de no haberla observado antes. Era innegablemente la fuente de toda la luz existente en el lugar. Con sus cuatro divisiones de aluminio opaco segmentaba el cielo azul pálido. El hombre observó inmóvil la transformación cromática del cielo segmentado por los postigos. Sintió, con los violáceos temblores del día en retirada, la mutación gradual e irreversible de todos los objetos contenidos en la sala. Advirtió el efecto decisivo de los grises apoderándose de todo lo existente: los anaqueles, las gavetas, los cientos de libros desapareciendo, licuándose en millones de plumas negras. Sentado impasible, se advirtió sumergiéndose en la oscuridad, sus pies se confundían ya con el caudal obscuro desbordado por la ventana de cuatro miembros. La pastosa unificación de todas las cosas subió por su cuerpo, se apoderó de todas sus fibras epidérmicas, agazapándose en tibias oquedades de su ropa. Sólo sentía sus ojos brillando aún frente a los cuatro cuadrados grises. Toda la noche se había trasladado a esa habitación. Fuera, un airecillo anunciaba el encendido de los arbotantes y la luz verdosa de las bombillas acentuaba la frontera de las sombras.

Cuando Juliano abandonó la oficina, hacía algún tiempo habían cesado las labores. Recorrió las salas vacías. Las hileras de escritorios inmóviles, ubicados en su sitio. Asentados con una seguridad insultante bajo la claridad de la luz artificial.

El vigilante interrogó a Juliano: ¿De dónde sale? ¿Por qué a estas horas? ¿Tiene un permiso especial para permanecer en el local fuera de las horas de oficina? Farfullando excusas Juliano salió a la calle y recibió como una avalancha de miradas centelleantes, el veloz transitar de los vehículos con sus haces de luces.

A pasos acelerados se llegó al edificio sólido en donde habitaba, subió rápidamente las escaleras, metió la llave en la cerradura de la puerta, la hizo girar y se encontró en el interior de su cuarto. Le sorprendió el hallarse ahí. De repente todo se tornaba extrañamente nuevo. La cama de barrotes fuertes, la lámpara con su pantalla de florecillas descoloridas, la ropa colgada de los ganchos de la pared, esto último sobre todo le molestó sobremanera. Con movimientos bruscos lanzó al piso las prendas colgadas.

Esa noche Juliano soñó. Vió una muchedumbre en movimiento, enanos sin rostro escondiéndose en madrigueras de liebre. Reconoció a Jonás deambulando por una playa de la cual se había retirado el mar. Se vio a sí mismo sentado en la oficina, observando la ventana. Al aparecer ésta, todas las visiones precedentes se esfumaron. A través de los cristales se extendía una



amplitud tranquila, el cielo más límpido jamás contemplado, sin nube alguna, ni aves. La laxitud plena.

A la mañana siguiente Juliano, inició su labor con una sensación de nostalgia indefinida. Los continuados e intermitentes campanillazos marcaron sus movimientos. Vale azul, lápiz azul, el libro. Por fin se reunieron cien papeles y puso manos a la obra, con sumo cuidado escogió un par de pastas lustrosas, perforó los vales, introdujo por los orificios la minúscula tenaza del broche, cerró las patas una sobre la otra, cerró las tapas y ahí estaba en sus manos el primer libro. El número doscientos sesenta y dos. Respiró lentamente unos segundos y después con parsimonia se dirigió al estante correspondiente, ahí estaba ya indicado el sitio del doscientos sesenta y dos, colocó en su sitio el libro, acariciando levemente el lomo.

De nuevo inició su alternado actuar: rojo, papel rojo, lápiz rojo; azul, papel azul, lápiz azul.

Esa tarde, como las subsiguientes, aquel hombre sólo esperaba el último sonido de la campanilla para salir apresuradamente y dirigirse a su vivienda del primer piso de la casa antigua. Al llegar se acostaba. Todas las noches el ventanal límpido tornaba a sus sueños. Al principio, parecía abrirse camino entre una abigarrada muchedumbre de conocidos siempre diferentes. Algunos de los rostros eran conocidos, lejanos habitantes de su memoria. Los observaba acercarse hasta su cara, sentía su presencia gigantesca mirándolo con atención y cariño triste. Después los seguía con la mirada, se alejaban pesadamente descubriendo el fondo perfectamente delineado de la ventana.

Los visitantes de sus sueños, se fueron haciendo más escasos cada vez. Hasta que en una ocasión una única figura se mostró frente a sus ojos. Era un niño que gesticulaba, moldeando su rostro en muecas risibles. Inflaba los carrillos, se jalaba las orejas y semejaba razar los ojos con los dedos. De repente quedó estático, los brazos laxos, abiertos levemente, los pies de zapatos grandes de cordones deshilachados, el calzón corto de color indefinido, detrás de él se prolongaba su sombra, una dilatada extensión de gigantesca obscuridad. Juliano creyó descubrir en esa densidad un perfil conocido. El niño súbitamente echó a correr hacia atrás y se perdió en su sombra. Mucho tiempo permaneció la sombra aún extendida sobre el blanco inusitado, hasta que silenciosamente se desquebrajó convirtiéndose en un montoncillo de polvo oscuro. Y en el fondo recuperado de la habitación apareció la luminosa ventana segmentando un trozo de cielo dulcemente encarnado. Nunca más otras visiones turbaron las nocturnas contemplaciones de Juliano. Aquellos fueron días y noches de cielos cálidos, imperturbables. Vivía en una agradable tibieza. Aquellos fueron los días en que Juliano encuadernó el libro número mil. Con sumo cuidado agrupó correctamente los vales azules, golpeando con delicadeza los costados del fajo de papeles y los colocó en las pastas rígidas. Silenciosamente gozoso colocó el volumen en su lugar, el predestinado espacio del milenio. Juliano se percibió ubicado en el centro del esférico archivo del mundo. Se sintió rozando vertiginosamente todos los números inscritos en los lomos de los libros. 098978907545678769876547890987658495967474869794847476479774747459080.

Ambos sucesos llegaron al mismo tiempo. Una noche Juliano soñábase inundado de la luz matinal de la ventana. Cuando en

uno de los cristales descubrió una mínima partícula oscura, apenas un punto. Pero bastaba esa pequeñez para alterar el equilibrio maravilloso de su estado.

Lo ominoso de la pequeña mancha negra conturbó profundamente a Juliano. A la mañana siguiente un malestar difuso empañó, por primera vez en largo tiempo, su felicidad.

Ese mismo día en el fondo de una de las galerías del salón descubrió una caja vieja llena de papeles en desorden. Molesto por tal descuido y sorprendido por no haberse percatado con anterioridad de la existencia de tales papeles, se puso a ordenarlos y archivarlos. Iba sacando uno a uno aquellos olvidados documentos que jamás llegaron a su destino en un circunspecto volumen de los anaqueles. Absorto en su tarea estaba cuando percibió un molesto zumbido, un moscardón de gran tamaño revoloteaba alrededor de su cabeza. Una y otra vez las alas del insecto sobrevolaron al hombre trabajando. En la brillante atmósfera parpadeaba el verdoso metálico de la quitina. Irritado Juliano lanzó contra el inoportuno un manojo de papeles, el único resultado fue la desaparición aparente del intruso, refugiado en algún rincón desde el cual se amplificaba el zumbido de sus extremidades. Juliano permaneció inmóvil intentando detectar el sitio en el cual se había escondido el animal. Cuando éste, desprendiéndose de uno de los anaqueles altos se posó en uno de los bordes de la caja. Con viveza caminaba sobre el borde de la montaña de papeles, Juliano lo observaba con el cuerpo tenso. Los puños cerrados a punto de descargar el golpe. Sin embargo, algo le detenía impidiéndole matar al bicho. No sin repugnación reconocía que ese animal lo estaba acompañando, estaba junto a él. Tomó un libro y se dispuso a acabarlo rápidamente. Cuando, surgiendo de la caja, una mota negra de grandes patas se abatió sobre la mosca. Juliano observó aterroizado como las fuertes mandíbulas del arácnido destrozaban las brillantes alas, vio el abdomen húmedo abrirse abruptamente en sanguinolentas contorsiones. Unos segundos después, la araña ahíta se movía torpemente hacia su madriguera, un par de puntos blanquiscos parpadeaban en su torso peludo. Absorto Juliano seguía con la mirada el pausado viaje del decidido cazador. Una emoción ambigua, entre envidia y alegría nauseabunda, le hizo tomar la hoja sobre la cual se encontraba la araña y levantándose la llevó a su escritorio. La depositó encima de la cubierta y se dedicó a observarla. El animal se apoyaba con fuerza arqueando las patas, a la expectativa de la lucha. Por fin decidió colocarla en una pequeña caja de lápices. Con una sacudida del papel la dejó caer en el interior, la cerró y guardó.

En el sueño de esa noche Juliano observó angustiado que la pequeña mancha había aumentado de tamaño y por primera vez conoció el sabor de esa visitante nocturna. Fue sólo un momento, observaba la mancha cuando recordó el punto de tinta en el viejo libro, hasta ese momento se percató de lo amarillento del papel. En ese instante un reflejo de la mancha lo penetró, no se sintió aterroizado, ni deseó gritar, ni siquiera sintió una agitación como la que provocara el mero hecho de observarla. Era algo distinto, sólo una sensación de enterramiento, de visiones que jamás alcanzaban la forma. Todo movimiento se ahogaba en esa sombra espesa, sin luz, era un dormirse más profundo que el sueño. Un hundirse en lo incoloro.

Despertó al día siguiente con una opresión peculiar, un can-



sancio indefinido. Como si en la noche no hubiera cerrado los ojos intentando aprender en la oscuridad de la alcoba las dimensiones de los recuerdos.

A partir de aquel día la mancha se fue posesionando del espacio abierto de la ventana de los sueños de Juliano. En ocasiones se agrandaba hasta casi cubrir la atmósfera luminosa del cielo; otras veces se retiraba y apenas parecía ser una nubecilla lejana.

Margarita, así había llamado Juliano a la araña, se había convertido en una muy importante presencia en el mundo del empleado. Sin embargo, no dejaba de ser una intrusa, jamás podría ser una parte real del conjunto armonioso de aquella oficina. Cuando Juliano en las mañanas se dirigía al trabajo, no se olvidaba de atrapar una o dos moscas, las guardaba con cuidado en una bolsa de papel. Así, después de ordenar todos los útiles de trabajo; los lápices con las puntas debidamente afiladas, los papeles acomodados simétricamente en sus respectivas charolas, después de mirar de reojo la ventana de sus noches. Juliano abría la morada de Margarita y a corta distancia de la caja depositaba los engurruñados cadáveres de los insectos. Le gustaba observar el brinco ágil y certero de la araña y no dejaba de disfrutar con el afán salvaje y decisivo con que Margarita hacía desaparecer sus alimentos.

Con el tiempo fue aumentando la ración diaria de moscas destinadas a Margarita. Llegó a idear un complejo mecanismo mediante el cual, sirviéndose de una sábana podía cazar un gran número de moscas. No dejaba de pensar en la suerte de las infelices; pero, se consolaba diciéndose que merecido se tenían lo sucedido debido a su torpeza.

Un fin de semana Juliano se sentía sumamente agobiado. La mancha se había casi apoderado de sus noches. Un cansancio pesado amortiguaba todos sus pensamientos y acciones; sin embargo, el brillo de la ventana colándose a través del perfil de la gran sombra, bastaba para mantenerle una escondida sensación de alegría no disfrutada, de espera...

—Muy buenos días.

Las palabras cayeron en los oídos de Juliano como un estallido lejano. Hacía mucho tiempo que había dejado de hablar. Incorporándose se encontró con una figura de rostro enjuto en el cual reconoció algo familiar.

—¿Cómo le va a usted?, hace mucho tiempo que no nos vemos. Desde que lo hice llegar a este departamento que es nuestro orgullo. Usted nos ha servido fiel y silenciosamente. Jamás se ha sabido de un error cometido aquí, y eso que ya son once años. ¿O no es así?

—No lo sé señor, si usted lo dice, así será —respondió Juliano con aire cansado. Deseaba que se fuera que lo dejara en paz. Como nunca antes quiso gritar: ¡Lárguese de aquí!, ¡esto es mío!

—Sólo deseaba despedirme de usted. Ya sabe, me jubilo. Satisfecho por el deber cumplido —a la vez que hablaba, el jefe recorría con paso lento la habitación, rondó por los anaqueles y al fin terminó jugueteando con los objetos del escritorio.

—Usted no sabe cómo me siento satisfecho. Yo no quería irme. Pero debo hacer... —En ese momento acababa de abrir la caja en la cual se encontraba Margarita.

—¡Qué diablos es esto! —gritó al tiempo que lanzaba al suelo la caja y la araña. Ésta cayó y empezó a caminar torpemente. El jefe levantó el pie para aplastarla, cuando Juliano musitó:

—¡Por favor no, no haga eso!

—¿No haga qué? —dijo el jefe al tiempo que aplastaba sonoramente al animal.

—Nada, no dije nada, señor —respondió con tristeza Juliano.

Al terminar la jornada Juliano caminó por las calles frías de la ciudad, pero al fin se acostó. Y aquella noche la mancha se abatió sobre Juliano.

